

# A los rusos les gustan los abedules

Olga Grjasnowa

Traducción de Lidia Álvarez Grifoll

Título de la edición original: *Der Russe ist einer, der Birken liebt*

Primera edición en Cómplices Editorial: marzo de 2013

© 2012 Carl Hanser Verlag München

© de la traducción, Lidia Álvarez Grifoll 2013

© de esta edición, Edicions Còmplices, S.L.U.

info@compliceseditorial.com

www.compliceseditorial.com

Diseño gráfico: Santi Sallés

Maquetación: David Anglès

Corrección de pruebas: Pedro Martín

ISBN: 978-84-940395-5-3

Depósito legal: B. 5.844-2013

Impreso por Romanyà Valls

Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

VERSHININ- ¡No me diga! Yo habría dicho que es un clima ruso, bueno y saludable. Bosque, río... y hay también abedules. Abedules simpáticos y modestos, que me gustan más que los otros árboles. La vida aquí da gusto. Lo único raro es que la estación de ferrocarril está a veinte verstas de la ciudad... Y nadie sabe por qué.

ANTON CHEJOV, *Las tres hermanas*



## PRIMERA PARTE



## I

No quería que empezara el día. Quería quedarme en la cama y seguir durmiendo, pero por las ventanas abiertas de la habitación entraban las risas de los vendedores de verdura y el traqueteo de los tranvías. Nuestro piso no estaba muy lejos de la estación central, y eso significaba ante todo que en nuestro barrio había calles enteras que era mejor evitar, con pequeños supermercados de descuento y cines porno enormes. Ahí vivíamos nosotros, entre una lavandería china y un centro juvenil alternativo, frecuentado por gente que solía orinar en la entrada de nuestro edificio. El piso era viejo y estaba destartado, pero era económico. Todas las mañanas, hacia las cinco, los padres, hermanos y primos descargaban sus furgonetas debajo de nuestras ventanas, cerraban las puertas dando portazos, montaban sus puestos, bebían té, asaban mazorcas de maíz y esperaban a que la calle se llenara y a poder alabar su fruta con una cantinela automatizada. Yo me esforzaba por seguir sus conversaciones, pero normalmente solo pescaba algún que otro retazo o volvía a dormirme.

Elias estaba tumbado a mi lado: inquieto, con la boca ligeramente entreabierta, movimientos rápidos en los párpados, el vientre subiendo y bajando de manera irregular.

—¡Te mataré, maricón de mierda!— gritó un borracho debajo de nuestro balcón.

Los vendedores de fruta se rieron de él y siguieron escupiendo cáscaras de pipas de girasol en la calle.

Elias se despertó, se volvió hacia mí y apoyó la cabeza en mi vientre sin haber abierto los ojos. Sus manos buscaron las mías. Permanecimos enlazados hasta que un despertador ajeno zumbó al otro lado de la pared y mi mano comenzó a dormirse bajo el peso de Elias. Cuando dejé de notarla, me levanté y fui a ducharme.

La cocina estaba abarrotada de cacharros del día anterior; encima de los fogones había ollas y sartenes con bordes resecos, y en la encimera se amontonaban platos y copas de vino medio llenas. El aire olía a polución y se pegaba a la piel como el jarabe. Sería el día más caluroso del año.

Elias estaba sentado a la mesa de la cocina, con una cucharada de muesli en la mano derecha, migas encima del plato y medio panecillo blanco debajo de una capa de mermelada roja oscura. Me senté frente a él, cogí el periódico y contemplé su rostro en vez de ponerme a leer. Tenía unos pómulos marcados, ojos grises azulados y pestañas oscuras, un poquito cortas. Elias era guapo, de una belleza aniñada. Su guapura lo fastidiaba, decía que la gente no lo retendría en la memoria como persona, sino como a alguien que se parecía a un actor cuyo nombre no recordaban. Sin embargo, no era su belleza lo que tanto impactaba, sino su amabilidad intuitiva: con las dependientas impacientes, que de repente dejaban de mirar la hora, con las colegialas y sus risitas, con las asistentes de los médicos, con las bibliotecarias y, sobre todo, conmigo. Rasgos de embaucador, decía mi madre. Pero ella lo quería precisamente por esos rasgos y porque, por alguna razón, Elias sabía comportarse como es debido en una familia oriental.

Se echó café en el muesli. El blanco se diluyó en el marrón, en la superficie flotaban unas pasas. Sobre la mesa de la



cocina, debajo del periódico, había un libro abierto desde el que me miraba interrogativa una cabeza de pescado. Cerré el libro.

—¡Eres vegetariano! ¿O ya lo has olvidado? —dije bromeando.

—Al menos yo lo consulto antes de meter algo en el horno —contestó, picado.

Se refería a la noche anterior: yo había intentado hacer una quiche porque quería probar cómo me quedaba la palabra «quiche» en la práctica del idioma. Como si fuera una actriz francesa que interpretaba a un ama de casa francesa que espera a su amante francés, el cual regresa inválido de la guerra, y le prepara una quiche y todavía no sabe qué miembro ha perdido. «Quiche» le sentaba bien a mi lengua y a mí me gustaba su género gramatical. Había comprado pasta brisa congelada, que después resultó ser pasta brisa dulce, y la quiche quedó incomedible. En Francia, esa pasta no era ni dulce ni salada. A pesar de todo, Elias se comió la quiche, aunque yo no había insistido en esa gentileza; pero él seguía padeciendo la educación recibida. Cada vez que tomaba un bocado, lo engullía enseguida con agua.

—¿Has visto mis rodilleras? —preguntó Elias mientras yo revolvía el frigorífico en busca de la quiche.

—¿Has visto la cena? —pregunté yo.

—La he congelado.

—¿Qué?

—Pensaba que no te la comerías.

—Y que siempre tengas que dártelas de alemán compasivo —dije, a lo cual Elias sonrió burlón, me alcanzó la leche y el muesli, y fue a buscarme un tazón del estante.

Me senté y ordené mis cosas de estudio —bloc de notas, listas de vocabulario, fichas y diccionarios que memorizaba de la A a la Z— en una pila. Cuando Elias volvió a la mesa, me besó con dulzura en el nacimiento del pelo y repitió:

—¿Has visto mis rodilleras?

—Ya te lo he dicho.

—Como siempre cambias las cosas de sitio.

—Ni idea de dónde están —dije.

Retiró los cacharros sucios y los puso con cuidado en el fregadero, procurando que los platos no se tocaran.

—¿Desde cuándo juegas a fútbol? ¿Y con quién? —pregunté.

—Antes jugaba.

—Seguro que te rompes algo.

—¿Hay que ser de origen inmigrante para jugar al fútbol? —preguntó mirándome a los ojos.

—¿Ya vuelves a usar esa expresión?

Intenté que la voz me sonara irónica, pero no lo conseguí. Siempre que leía o escuchaba aquella expresión, notaba que me subía la bilis. Únicamente era peor con el adjetivo «post-emigrante». Sobre todo odiaba las discusiones relacionadas con ello, no solo las de carácter público, sino también entre Elias y yo. En esas conversaciones, nunca se decía nada nuevo, pero el tono era moralizante y vehemente. Uno de los dos provocaba la disputa, luego nos enzarzábamos en afirmaciones y reproches. Elias me recriminaba mi hermetismo y yo a él su insistencia; en ese punto, él solía pasar de lo general a lo específico.

Elias parecía ofendido, me acerqué a él y me puso las manos en las caderas. En la barbilla tenía un único pelo, rubio oscuro. Apoyó la cabeza sobre mi hombro, yo lo besé en el cuello, deslicé la rodilla derecha entre sus piernas y me desabroché un poco el vestido veraniego, pero Elias meneó la cabeza y me susurró al oído:

—Voy a llegar tarde.

Di un manotazo sobre la encimera, Elias me dirigió una mirada cargada de reproche y dijo:

—No te lo tomes así.

—Mi abuela decía que siempre hay que tener una muda limpia a mano.

—¿Por qué?

—Por si pasa algo.

—Estás chalada. Tengo que irme.

Cuando Elias se fue, lo acompañé hasta el rellano y observé cómo bajaba corriendo las escaleras. Solía saltarlas de dos en dos, a veces también de tres en tres. Nunca andaba, corría y saltaba. Me serví un café y me puse a estudiar.

## II

En el mostrador de información había una enfermera que, a pesar del calor, llevaba un jersey largo. Su palidez exponía a la luz su cabello de color fuego, que llevaba austeramente recogido en un moño en la nuca. Lucía una sonrisa agrisada y comentó que no me preocupara en vano y que prescindiera de hacer más preguntas. Yo había ido corriendo todo el camino hacia el hospital, así que estaba empapada en sudor y con la cara enrojecida delante de ella, y me faltaba el aire. Habían operado a Elias.

Me senté en la sala de espera. Sonaba una radio de fondo. Hice interpretación simultánea al inglés de las noticias, al francés de la publicidad. En Kabul había habido una explosión, en Gaza se oían disparos y en Portugal ardían los bosques. La canciller estaba de visita de Estado. Hojeé un *Vogue* antiguo y pasé el rato curioseando la moda. Bolsos. Joyas. Sombras de ojos. Lo que fuera. Leí las tendencias del último noviembre, pieles y estampados de flores. Luego arranqué la primera página, la doblé y la guardé en el bolso. Arranqué la página tres, la doblé y la guardé en el bolso. También arranqué la página cinco, la doblé y la guardé en el bolso. Para la página ciento siete ya no quedaba sitio en el bolso.